

Palabras de Ernesto de la Peña en el
HOMENAJE NACIONAL POR SU OCTOGÉSIMO ANIVERSARIO

Palacio de Bellas Artes, 21 de noviembre de 2007.

Hoy, 21 de noviembre de 2007, llegaron mis ochenta años de existencia con su inescapable carga de victorias menores y pérdidas sin remedio. La sensibilidad, hasta la sensiblería que parece caracterizar a los viejos no me han olvidado, ni yo he podido alejarme de ellas. Condición inevitable de los octogenarios es presenciar con vividez los recuerdos remotos, que suelen ser los más gratos porque el lastre de lo vivido no se había abatido sobre nosotros. Por una extraña ley de compensación los últimos años nos deparan una sabiduría menor, una experiencia vivencial que se ha nutrido de todos y cada uno de los momentos que nos han formado y que se traducen en una forma serena de aceptación que no tiene nada que ver con los deseos, pero que la realidad nos impone.

A lo largo de mis días se han sucedido hechos y situaciones de muy diferente contextura. Una parte importante de la experiencia vital es saber no sólo acomodarse a las circunstancias, sino volverlas a favor de uno. Pero no es una tarea sencilla y con mucha frecuencia quedamos derrotados. Sin embargo, de estos desastres, por mínimos que sean, tratamos de sacar enseñanza y provecho y cuando lo logramos una íntima satisfacción nos dice que el flujo de lo vivido no ha sido estéril y que, aunque sea en una corta medida, podemos transmitir nuestras vivencias a los seres queridos o a quienes vienen detrás de nosotros. La arcaica sabiduría de los médicos griegos de la escuela de Hipócrates sostenía como principio rector que hay que hacer el bien a los demás y, si esto es imposible, cuando menos no causarles daño alguno.

Consuelo espléndido, que compensa parcialmente la larga fatiga de la longevidad al darle sentido y esplendor, es emplear la experiencia adquirida en beneficio de los otros y los otros son, al menos para los verdaderos humanistas, todos los seres vivos.

Formado, para fortuna mía, en un medio familiar culto, me fue connatural acercarme a lo que para mí sigue siendo no sólo el supremo deleite, sino el significado más profundo de la vida: disfrutar y analizar lo más valioso de lo humano que ha quedado para siempre en el arte, la filosofía, la ciencia y la religión, invenciones supremas del hombre. Y, por supuesto, transformar lo vivido en creación.

Se ha dicho que soy humanista; ignoro hasta qué punto, pero me esfuerzo por merecer esa categoría, tal vez apuntalada vacilantemente por mis obras literarias y mis indagaciones críticas e históricas. Desde niño aprendí el valor de ese mundo misterioso que no vemos, poblado por el espíritu y las obras de algunos muertos que tienen el insólito privilegio de estar más llenos de vida que muchos individuos a quienes tratamos cotidianamente. Y no se vea en esta afirmación un criterio de arqueología cultural, sino un respeto genuino, justificado e inteligente, por el abrumador pasado creador de nuestra especie. No sólo esto: pretendo que mi condición de poeta demuestre que el laborioso aprendizaje de vivir se ha volcado en una visión personal de la existencia.

Todo ser humano lleva dentro de sí, por censurable o vil que sea, una zona de verdad, de luminosidad y trascendencia. La verdad que yo aprendí y que sigo respetando proviene de mis años formativos, que tuvieron la peculiaridad de desarrollarse en casa de mi familia materna, ya que mi padre por la carne contrajo un nuevo matrimonio y mis tres hermanos y yo, tras la muerte de mi madre poco tiempo más tarde, recibimos el amor, la orientación y el respaldo incondicional de su medio hermano, mi tío Francisco Canale, ilustre médico y helenista, que murió en 1934, a mis siete años de edad.

Tras su fallecimiento, su hijo, mi primo hermano Eleazar Canale Muñoz, mi padre de elección por su amor, su contextura moral y cultural verdaderamente excepcionales y sobre todo por su largueza, su desprendimiento y su alegre aceptación y disfrute de la vida, cuidó entonces de nosotros. Al lado de ellos, varias tías deliciosamente provincianas, sabias e ingenuas a la vez, contribuirían cotidianamente a nuestro aprendizaje de la vida. No creo equivocarme al decir que estas primeras enseñanzas, pese a que no pude descollar en muchas cosas y hacer justo tributo a quienes me formaron, constituyen todavía la columna vertebral de mi vocación.

Hace muchos años se extinguieron esas vidas fecundas y generosas. Sin embargo pervive aún el ejemplo que tiene, además, una virtud: ser un paradigma flexible, honesto y bienhumorado. Nada en todos estos recuerdos tiene matices de pomposidad o de boato hueco e insincero. Por ello, me he permitido aludir amorosa, agradecidamente, a estos muertos míos que gozan de una vida indeleble.

Y puesto que estoy en la vena de los recuerdos, cuyo envés son las confesiones, debo aclarar ante ustedes que, si por una parte heredé esta faceta estudiosa y perseverante, por la misma parte me fue transmitido algo que aprecio a la par del arte y el conocimiento: la autoconciencia de la propia pequeñez, la dolorosa certeza de que nuestros mejores esfuerzos, nuestra constancia más inquebrantable no podrán colmar siquiera un rincón oscuro y omitido del mar de la cultura.

Pero al mismo tiempo, por conocer desde dentro el trabajo que hay que desarrollar para conseguir penetrar un palmo en estas verdades superiores, aprecio, valoro y respeto profundamente la labor de todos aquellos que pisan el terreno de mis inquietudes.

El gran homenaje que hoy se me hace me inunda simultáneamente de alborozo y agradecimiento. No es una frase acuñada decir que no creo merecerlo; mis méritos, si los hay, son menores ante tanta magnificencia. Por ello todavía agradezco con mayor hondura este tributo de cariño y cercanía, que hacen caso omiso de mis deficiencias y mis zozobras.

No estaríamos congregados aquí en esta ocasión si no fuera por la simpatía que CONACULTA me expresa de la mejor manera posible. Su presidente, Sergio Vela, une a su gran sensibilidad artística una inusitada cultura, que lo ha llevado a realizar una proeza musical de nivel internacional: la puesta en escena de la tetralogía *El anillo del nibelungo* en este Palacio de Bellas Artes, con lo cual instauró una fecha memorable en la historia del drama musical en México. Ahora, al frente de los destinos de la cultura, Sergio Vela marca nuevos derroteros a la realidad espiritual de nuestro país. Mi agradecimiento legítimo a este hombre excepcional, joven y dinámico que al frente de CONACULTA estructuró esta celebración. Esta institución está imprimiendo una huella indeleble en el ámbito de nuestro espíritu. Tengo la total certidumbre de que el nombre y la labor del querido Sergio quedarán indeleblemente grabados en la historia cultural de México.

Característico de los grandes espíritus es saber rodearse de gente de su talla. El Instituto Nacional de Bellas Artes tiene al frente a la doctora Teresa Franco, cuya trayectoria profesional es muestra del talento, la perseverancia y la vocación cultural de nuestras mujeres. A ella también va mi reconocimiento profundo y mi admiración. Debo añadir que en lo personal, al observar en qué manos se hallan las artes, que expresan la realidad más honda y más duradera de los mexicanos, siento una profunda tranquilidad espiritual.

La compañía de todos estos creadores que me distinguen con su aportación a mi homenaje es la más grata, fecunda e inesperada sorpresa que pude imaginarme: como diría Cervantes “colma mis medidas”. Oír fragmentos de mis obras en la voz de jóvenes escritores de muy diferentes concepciones del arte literario, apreciar en su debida dimensión la simpatía, hasta la indulgencia de quienes profesan otros credos estéticos y se expresan en lenguajes muy distantes del mío, tan válidos como éste, es una suerte de tributo más que recibo en esta fecha gloriosa de mi existencia. La honda, hermosa lectura que de mis creaciones literarias hicieron los maestros Guillermo Sheridan y Vicente Quitarte se suma y enriquece los textos de quienes me distinguieron escribiendo los prólogos a los tres volúmenes de mi obra reunida: Roberto Sánchez Valencia, coptólogo y erudito de gran estatura; Ignacio

Padilla, escritor de vanguardia y conocedor de todos los resortes de una buena narración y agudo observador de lo real; y mi entrañable amigo, el admirado gran poeta Eduardo Lizalde, autor de algunos de los poemas indispensables de nuestra lengua. Insisto, estar en esta óptima compañía es un privilegio inusitado y feliz.

Las tareas indispensables para la estructuración de este homenaje exigieron la puntual colaboración de muchas personas del ámbito cultural. Vayan mis agradecimientos a Hilda Rivera, a Paulina Rocha, a José Luis Trueba, a Joel Mendoza y a todos aquellos que pusieron su eficiencia y su entusiasmo al servicio de una causa que es la mía. Vaya también mi gratitud a quienes con su testimonio verbal han iluminado para todos algunos pormenores de mi vida y de mi personalidad.

No menor es mi reconocimiento a mis amigos que, con cariño y comprensión, me han hecho gratos tantos y tan importantes momentos de mi vida.

Mi familia conoce de sobra mi amor incondicional por ella y la calurosa cercanía que nos identifica. Frutos de un mismo tronco, proyectamos sombras similares.

Poca trascendencia tendrían mis esfuerzos en el terreno literario si no pretendieran encontrar eco y respuesta entre los jóvenes. Jamás he de olvidar el ejemplo amable, sabio y bondadoso de Alfonso Reyes, uno de los humanistas más cabales de nuestro México. En buena medida, me he abrevado en él como paradigma de prosa elegante y temperamento jovial. Para don Alfonso, la cultura era un festín inagotable y aleccionador. Comulgo cabalmente con esta idea y nada me sería más grato que sembrarla en las jóvenes generaciones: no hay imaginación ni realidad virtual que sobrepase los vuelos de la creación intelectual.

Sólo me resta añadir que, como digno remate de esta celebración, las autoridades, de consuno con mi esposa, delinearon un homenaje musical extraordinario que, para mi fortuna de hombre que ha tramontado ya la edad adulta y se interna llena de esperanza en sus días postrimeros, significa esa unión suprema de poesía y música que linda con la mayor excelsitud del ser humano.

Organizar y coordinar una celebración de tal envergadura exige no sólo un gran sentido del orden y un profundo amor, sino un trabajo continuo, empeñoso y desinteresado que sólo puede llevar a cabo quien verdaderamente cree en mi y en mis capacidades, alguien que cotidianamente comparte conmigo el amor, la amistad, el pan y vino, la diversión y el dolor ... la vida en una palabra. Mi esposa María Luisa Tavernier, de quien Margarita Michelena escribió proféticamente que era "mi *grand prix*", encontró oídos propicios y actitud de aceptación. A lo largo de casi un año María Luisa coopero sin cesar en la estructuración de un programa magno de reconocimiento y estímulo.

Poco después del terremoto del 85 que sumió a México en la consternación y a mi, en particular, me expulsó de mi casa, ella me estimuló con inteligencia y amor a no dejarme vencer y publicar obras mías, casi todas inéditas hasta entonces. De allí surgieron, frescas y tal vez complejas, *Las estratagemas de Dios*, mi primer libro y mi primer premio, el Xavier Villaurrutia. En ningún momento, a pesar de algunos avatares contrarios, he dejado de contar con su amoroso ejemplo y su ejemplar disciplina. Hace más de dos décadas que estamos unidos y estos veintitantos años han sido, gracias a su solicitud y su atinado sentido de lo que importan en nuestras vidas el arte, la literatura y la crítica estuvo presente, con una presencia vívida e inteligente, en todas mis tareas intelectuales. Mi reconocimiento hacia ella supera las palabras. Nuestra cotidianidad se vierte en intereses compartidos, juegos de culta ingenuidad y sobre todo amor, presencia, comprensión y tolerancia.

Esta identidad hace verdad la fórmula matrimonial de los romanos: "*Ubi tu Gaius, ego Gaia*", que, parafraseada, dice: "*tú y yo, aunque separados, somos una misma persona*".

Muchas gracias.